

**Tema 1: *Hago bien todas mis cosas***

---

**I Introducción**

Las tareas bien hechas implican fortaleza. Nadie puede trabajar bien sin cansancio. Es como los deportes, un equipo no puede ganar un partido si sus jugadores no están dispuestos a agotarse. Éxito y esfuerzo van de la mano.

**II Actividad**

Se distribuye el anexo “Polvo bajo la alfombra” (**Anexo 1**), que los alumnos leen en silencio. Luego se abre el diálogo sobre las preguntas siguientes, u otras que parezcan mejor:

- ¿Qué nos enseña la historia?
- ¿Qué motiva a esforzarse por hacer bien los trabajos?
- ¿Te pasan situaciones similares a la de la historia?

El profesor puede anotar en el pizarrón las conclusiones más sugerentes. Al final, hace una síntesis.

**Tema 2: *Termino todas mis actividades escolares***

---

**I Introducción del profesor**

¿Qué significa colocar las últimas piedras? Terminar las cosas hasta en sus menores detalles, con perfección.

Seguro que has visto alguna vez un partido de básquetbol que se pierde después de haber luchado bien durante todo el partido por descuidar la defensa en los últimos minutos, incluso en los últimos segundos, cuando todavía es posible meter un buen triple.

Eso es poner las últimas piedras: llegar hasta el final, terminar las cosas sin dar nada por resuelto antes de tiempo.

**II Actividad**

Lectura del texto “Calidad” (**Anexo 2**), y coloquio con los alumnos.

**III Orientaciones para el profesor**

Conviene explicar con algún ejemplo cercano a los alumnos cómo en muchas ocasiones se inaugura una obra que no esté totalmente terminada: a la autopista le falta un pedazo; o no se terminó de amueblar completamente el edificio; o falta por concluir buena parte del barco después de la botadura.

De poco servirá el esfuerzo de muchos meses si, al final, todo concluye en algo mal hecho y no se terminan bien los detalles.

**Tema 3: *Me esfuerzo trabajando en equipo***

---

**I Introducción**

Uno no vive solo, siempre estamos con otros, por lo que tenemos que aprender a trabajar. Es por eso que debemos aprender a desarrollar esfuerzos en común con los demás para alcanzar resultados que nos benefician a todos.

**II Actividad**

Desarrollar alguna competencia interna en el curso en la cual se deba desarrollar un esfuerzo colectivo de equipo. Puede ser un juego, deporte (pedir ayuda al profesor de educación física) o alguna labor de solidaridad que implique un esfuerzo en común.

**Tema 4: *Tengo paciencia y sé esperar***

---

**I Introducción del profesor**

Uno de los mayores enemigos de la toma de decisiones acertadas es la falta de paciencia, la cual se produce por una debilidad en la fortaleza que nos permita esperar el tiempo oportuno, sobreponernos a situaciones poco gratas y actuamos precipitadamente. La paciencia nos permite esperar el mejor momento para actuar y el sobrellevar una incomodidad para obtener algún bien (como a veces cuando tenemos que esperar pacientemente a nuestro dentista para que nos atienda y así evitar la continuación del dolor de muelas).

**II Actividad**

Discutir grupalmente situaciones en las cuales en el curso se han producido dificultades por falta de paciencia. Establecer un compromiso individual de cuatro puntos para mejorar en ésta virtud.

**III Orientaciones para el profesor**

Un buen modo de completar la sesión es dejar unos minutos para que cada alumno establezca sus cuatro compromisos y después los lean al resto de sus compañeros.

Anexo 1

*Polvo bajo la alfombra*<sup>1</sup>  
Maud Lindsay

*Este cuento nos recuerda que sólo ganamos algo – tanto en dinero como en carácter – cuando nuestro trabajo invisible es tan bueno como nuestro trabajo visible.*

Había una madre que tenía dos hijas pequeñas, y como su esposo había muerto y ella era muy pobre, trabajaba con empeño para alimentarlas y vestirlas. Era una trabajadora habilidosa y debía salir de la casa, pero sus dos niñas eran tan buenas y serviciales que mantenían la casa pulcra y brillante como un alfiler nuevo.

Una de las niñas era coja, y no podía correr por la casa, así que se quedaba en su silla; cosía, mientras Niní, la hermana, lavaba los platos, barría el suelo y embellecía el hogar.

La casa estaba en el linde de un gran bosque, y cuando terminaban sus tareas las niñas se sentaban ante la ventana y miraban los altos árboles que ondeaban en el viento, hasta que los árboles parecían personas, cabeceando y curvándose.

En primavera había aves, en verano flores silvestres, en otoño hojas relucientes y en invierno grandes ventisqueros de nieve blanca, de modo que todo el año era un desfile de deleites para las dos felices niñas. Pero un día su querida madre regresó enferma a la casa, y entonces se pusieron muy tristes. Era invierno y había muchas cosas que comprar. Niní y su hermanita se sentaron junto al fuego y hablaron sobre ello, y al fin Niní dijo:

– Querida hermana, debo salir a buscar trabajo antes de que se termine la comida.

Besó a la madre, se abrigó y se fue de la casa. Un angosto sendero se internaba en el bosque, y ella decidió seguirlo hasta llegar a un sitio donde pudiera encontrar el trabajo que buscaba.

Mientras avanzaba, crecían las sombras. Anochecía deprisa cuando, para su alivio, vio una pequeña casa. Se apresuró a llegar allí y llamó a la puerta.

Nadie salió a atender. Intentó una y otra vez, y al fin pensó que allí no vivía nadie, así que abrió la puerta y entró, pensando en quedarse toda la noche.

En cuanto entró en la casa, tuvo un sobresalto; pues delante de ella vio doce camitas con las mantas arrugadas, doce platos sucios en una mesa polvorienta, y el suelo tan mugriento que se podría haber dibujado una figura sobre él.

– ¡Cielos! – exclamó la niña –. ¡Esto no puede ser!

Y en cuanto se calentó las manos, se puso a trabajar para limpiar el lugar.

Lavó los platos, hizo las camas, barrió el suelo, alisó la alfombra y puso las doce sillitas en semicírculo en torno del fuego; cuando terminaba, se abrió la puerta y entraron doce de las personitas más raras que hubiera visto jamás. Tenían la altura de una regla de carpintero, y usaban ropa amarilla, y cuando Niní vio esto, supo que debían ser los enanos que guardaban el oro en el corazón de la montaña.

– ¡Vaya! – dijeron los enanos al unísono, pues siempre hablaban al unísono y en verso.

*¡Gratísima sorpresa que tenemos!*

<sup>1</sup> Tomado del libro “EL LIBRO DE LAS VIRTUDES” – por Bennett, William J. – Javier Vergara Editor S.A. 1996

*¡No podemos creer en lo que vemos!*

Examinaron a Niní y exclamaron asombrados:

*¿Quién será esta niña primorosa?*

*Nuestra ayudante no luce tan hermosa.*

Niní fue a saludar a los enanos.

—Por favor —dijo—, yo soy Niní Grey, y estoy buscando trabajo porque mi madre está enferma. Entré aquí cuando anocheecía, y...

Los enanos se rieron y cantaron alegremente:

*Hallaste todo en estado lamentable,  
pero has hecho una tarea muy loable.*

Eran unos enanitos muy simpáticos. Después de agradecer a Niní sus labores, sacaron pan blanco y miel de la alacena y la invitaron a cenar.

Mientras se sentaban a cenar, le explicaron que su hada ayudante se había tomado vacaciones, y con su ausencia la casa estaba en mal estado.

Dijeron esto con un suspiro, y después de la cena, cuando Niní lavó los platos y los guardó, la miraban y cuchicheaban entre ellos. Cuando el último plato estuvo guardado, llamaron a Niní y le dijeron:

*Niña mortal, ¿te opones a reemplazar al hada en vacaciones?  
Si eres hacendosa, leal y atenta, obtendrás recompensa succulenta.*

Niní estaba muy contenta, pues le agradaban esos amables enanos, y quería ayudarlos, así que les dio las gracias por todo y se fue a la cama a tener dulces sueños.

A la mañana siguiente se despertó con las gallinas, y preparó un sabroso desayuno, y cuando los enanos se marcharon, limpió las habitaciones y remendó la ropa de los enanos. A la noche, cuando los enanos regresaron a casa, encontraron un fuego brillante y una cena caliente. Y Niní trabajó fielmente hasta el último día de vacaciones del hada ayudante.

Esa mañana, cuando Niní miraba por la ventana siguiendo con los ojos a los enanos que se iban a trabajar, vio en uno de los paneles la imagen más bella que había visto jamás.

Una imagen de palacios encantados con torres de plata y pináculos escarchados, tan bella y maravillosa que al mirarla olvidó que había trabajo que hacer, hasta que el reloj de cucú dio las doce.

Entonces se apresuró a hacer las camas y lavar los platos. Pero como estaba apurada no pudo trabajar rápidamente, y cuando tomó la escoba para barrer el suelo ya era casi la hora en que regresaban los enanos.

—Creo —dijo Niní en voz alta— que hoy no barreré bajo la alfombra. A fin de cuentas, no importa que haya polvo donde no se ve.

Así que fue a preparar la cena y no levantó la alfombra.

Al rato regresaron los enanos. Como las habitaciones estaban tan limpias como de costumbre, no dijeron nada, y Niní no pensó más en el polvo hasta que se fue a acostar y las estrellas asomaron por la ventana.

Entonces pensó en ello, pues le parecía que las estrellas decían:

—Allá está la niña que es tan leal y atenta.

Y Niní volvió la cara hacia la pared, pues una vocecita, en su propio corazón, decía:

—¡Polvo bajo la alfombra! ¡Polvo bajo la alfombra!

—Allá está la niña —exclamaron las estrellas— que mantiene el hogar reluciente como un astro.

—¡Polvo bajo la alfombra! ¡Polvo bajo la alfombra! —decía esa vocecita en el corazón de



Niní.

— ¡La vemos! ¡La vemos! — clamaban alegremente las estrellas.

— ¡Polvo bajo la alfombra! ¡Polvo bajo la alfombra! — decía esa vocecita en el corazón de Niní, y ella no soportaba más. Se levantó de la cama, tomó la escoba y barrió el polvo. He aquí que bajo la alfombra había doce relucientes piezas de oro, tan redondas y brillantes como la luna.

— ¡Oh! — exclamó Niní, sorprendida. Y todos los enanitos fueron corriendo a ver qué sucedía.

Niní les contó todo, y cuando hubo terminado su historia, los enanos se reunieron afectuosamente en derredor y dijeron:

*El oro es para ti, niña querida,  
pues laboriosa ha sido aquí tu vida.*

*Mas si la alfombra no hubieras volteado un grano solamente habrías ganado. Nuestro amor con el oro te obsequiamos, y así esta lección te recordamos:*

*hasta el deber más pequeño de esta tierra para todos alguna dicha encierra.*

Niní agradeció a los enanos su gentileza, y por la mañana regresó a su casa con el oro, que le permitió comprar muchas cosas para su madre y su hermanita.

Nunca volvió a ver a los enanos, pero nunca olvidó la lección de hacer el trabajo a conciencia, y siempre barría debajo de la alfombra.

*Fin*



Anexo 2

## Calidad<sup>2</sup>

John Galsworthy

*Este es un relato donde el carácter del trabajo y el carácter del trabajador se han vuelto indisolublemente buenos. Nos recuerda que nada perdura excepto la calidad.*

**L**o conocí en los días de mi temprana juventud, porque él fabricaba las botas de mi padre; vivía con su hermano mayor en dos pequeñas tiendas unidas en una, en una calleja lateral; hoy ya no existe, pero entonces formaba parte del elegante West End.

Esa propiedad tenía una serena distinción; no había ningún letrero anunciando que él trabajaba para la familia real, sólo el apellido alemán de los hermanos Gessler, y en el escaparate algunos pares de botas. Recuerdo que siempre me costaba dar cuenta de la invariable presencia de ese calzado en el escaparate, y me parecía inconcebible que él hubiera hecho algo que no hubiera podido vender. ¿Las había comprado para exponerlas? Esto también parecía inconcebible. El jamás habría tolerado en su casa un cuero que él mismo no hubiera trabajado. Además, era un calzado exquisito: un par de zapatos muy esbeltos, encantadoras botas de charol con empeine de tela, altas botas pardas de montar con su incomparable lustre hollinoso, como si tuvieran cien años de uso a pesar de ser nuevas. Sólo podían ser obra de alguien que veía el alma de la bota, pues eran prototipos que encarnaban el espíritu mismo del calzado. Desde luego, tuve estos pensamientos después, aunque cuando me presenté ante él, a los catorce años, tuve una vislumbre de la dignidad de ese hombre y de su hermano. Pues fabricar botas —botas como las que él fabricaba— me parecía entonces, y me parece ahora, una tarea enigmática y maravillosa.



Regent Street  
en el barrio West End de Londres

Recuerdo bien mi tímido comentario, un día, mientras estiraba ante él mi pie juvenil.

—¿No es una tarea tremendamente dificultosa, señor Gessler?

Y él respondió, con una sonrisa repentina enmarcada por su irónica barba roja, y con marcado acento alemán:

—¡Difícil, en efecto!

<sup>2</sup> Tomado del libro “EL LIBRO DE LAS VIRTUDES” — por Bennett, William J. — Javier Vergara Editor S.A. 1996

Era menudo, como si estuviera hecho de cuero, con su rostro amarillo y arrugado, y su barba y cabello rojos y ensortijados, y pliegues que descendían por las mejillas hasta las comisuras de la boca, y una voz gutural y monocorde; pues el cuero es un material burlón, rígido y parsimonioso. Y así era el carácter de ese rostro, salvo que los ojos, que eran de color azul grisáceo, tenían la sencilla gravedad de alguien que está poseído por el ideal. Su hermano mayor era tan parecido —aunque acuoso, y más pálido, y muy laborioso— que al principio me costó distinguirlos, hasta que terminó la entrevista. Entonces supe que era él cuando no pronunciaba las palabras “Le preguntaré a mi hermano”, y que en caso contrario era su hermano mayor.



Si con el tiempo uno se volvía negligente y acumulaba deudas, nunca las acumulaba con los hermanos Gessler. No era decoroso entrar allí y estirar los pies ante esos ojos azules debiendo más de los dos pares con que uno daba a entender que todavía era cliente.

Pues no era posible ir a verle con frecuencia. Sus botas duraban mucho tiempo, pues tenían algo que trascendía lo temporal, como si incluyeran la esencia misma de la bota.

Uno no entraba, como en la mayoría de las tiendas, con ánimo de ser atendido cuanto antes, sino con serenidad, como en una iglesia, y esperaba en la sencilla silla de madera, pues allí nunca había nadie. Pronto, desde el brocal de esa especie de pozo —oscuro, y con un reconfortante olor a cuero— que formaba la tienda, asomaba su rostro, o el de su hermano mayor. Un sonido gutural, el susurro de unas pantuflas de fibra en la angosta escalera de madera, y él se presentaba sin abrigo, un poco encorvado, con su delantal de cuero, con la camisa arremangada, pestañeando, como si hubiera despertado de un sueño de botas, o como un búho sorprendido en plena luz del día y molesto con la interrupción.

Y yo decía:

—¿Cómo está usted, señor Gessler? ¿Podría hacerme un par de botas de cuero de Rusia?

Sin una palabra desandaba su camino, o entraba en la otra sección de la tienda, y yo seguía descansando en la silla de madera, aspirando el incienso de su oficio. Pronto él regresaba, sosteniendo en la mano delgada y venosa un trozo de cuero dorado.

—¡Hermosa pieza! —comentaba, clavándole los ojos. Y cuando también yo la había admirado, añadía —: ¿Para cuándo las quiere?

—¡Oh! Tan pronto como usted pueda.

—¿Mañana por la noche? —respondía él.

Y si era el hermano mayor:

—Le preguntaré a mi hermano.

Luego yo murmuraba las gracias y los buenos días, y el respondía “Buenos días” mirando el cuero que tenía en la mano. Y al ir hacia la puerta, yo oía el susurro de las pantuflas de fibra que lo llevaban de regreso arriba, a su ensueño de botas. Pero si se trataba de un nuevo tipo de calzado que él nunca me había hecho, se ponía ceremonioso, despojándose de mi bota y sosteniéndola largo tiempo en la mano, mirándola con ojos críticos y tiernos a la vez, como si evocara la magia con la cual la había creado, y reprochaba el modo en que yo había estropeado su obra maestra. Luego, apoyando mi pie en un papel, me tanteaba con un lápiz y me tocaba con dedos nerviosos, hasta interiorizarse de mis requerimientos.



No puedo olvidar el día en que tuve ocasión de decirle:

— Señor Gessler, ese último par de botas de paseo crujía, ¿sabe usted?

El me miró un rato en silencio, como si esperase que yo retirase o morigerase la afirmación, luego dijo:

— No debían crujir.

— Me temo que así era.

— ¿Se humedecieron antes de amoldarse?

— No creo.

El bajó los ojos, como buscando el recuerdo de esas botas, y yo lamenté haber mencionado un asunto tan grave.

— ¡Mándelas de vuelta! — dijo —. Les echaré un vistazo.

Tuve un arrebato de compasión por mis botas crujientes, así que bien podía imaginar la nostálgica curiosidad con que él las examinaría.

— Algunas botas — dijo lentamente — son malas de nacimiento. Si no puedo repararlas, las borraré de su cuenta.

Una vez (sólo una vez) entré distraídamente en su tienda con un par de botas compradas en otra casa durante una emergencia. El aceptó mi pedido sin mostrarme cuero, y noté que sus ojos penetraban en el integumento inferior de mi pie. Al fin dijo:

— Esas botas no son mías.

No era un tono de enfado, ni de pena, ni siquiera de desdén, pero había en él algo que congelaba la sangre. Bajó la mano y apretó con el dedo el lugar donde la bota izquierda, por no atentar contra la moda, había atentado contra la comodidad.

— Allí le duele — dijo —. Esas firmas grandes no tienen orgullo. ¡Bazofia!

Y luego, como si algo hubiera cedido en su interior, habló larga y amargamente. Fue la única vez que le oí comentar las condiciones y penurias de su oficio.

— Lo consiguen todo — dijo —, y lo consiguen con publicidad, no con trabajo. Nos lo arrebatan a nosotros, que amamos las botas. Y se llega a esto. En este momento no tengo trabajo, cada año hay menos.

Y mirando su rostro arrugado vi cosas que nunca había notado antes, amargos pensamientos y amargas luchas, y muchos pelos grises en su barba roja.

Como pude, expliqué las circunstancias en que había comprado esas aciagas botas. Pero su rostro y su voz me causaron una impresión tan profunda que durante los próximos minutos encargué muchos pares. ¡Vaya paradoja! Duraron más que nunca, y el decoro me impidió ir a verle en casi dos años.

Cuando al fin fui, me sorprendió encontrar que en el exterior de uno de los escaparates de la tienda estaba pintado otro nombre, también de un zapatero, que desde luego trabajaba para la familia real. Las viejas y familiares botas ya no posaban en digno aislamiento, sino que estaban agolpadas en ese escaparate único. Adentro, el encogido pozo de la tienda pequeña estaba más oloroso y oscuro que nunca. Y pasó un rato más largo hasta que asomó un rostro, y se oyó el susurro de las pantuflas. Al fin él se presentó y dijo, mirando por sus herrumbradas gafas de hierro:



—El señor —, ¿verdad?

—<sup>1</sup>Ah, señor Gessler! —tartamudeé—. Sus botas son tan buenas, sabe usted. Mire, éstas todavía están en buenas condiciones.

Le mostré el pie. Él lo miró.

—Sí —dijo—. Parece que la gente no quiere buenas botas.

Para evitar sus ojos y su voz de reproche, me apresuré a señalar:

—¿Qué ha hecho usted con su tienda?

—Era demasiado grande —murmuró—. ¿Quiere usted botas?

Pedí tres pares, aunque sólo necesitaba dos, y me marché deprisa. Tenía la rara sensación de que él me consideraba parte de una conspiración en su contra, o quizá no tanto en contra de él como de su idea de las botas. Era una sensación molesta, sin duda, pues pasaron muchos meses antes de mi siguiente visita a la tienda. Recuerdo que fui pensando que no podía abandonar a ese hombre, y consolándome con la idea de que tal vez me atendiera su hermano mayor.

Pues sabía que su hermano mayor no tenía suficiente carácter para hacerme reproches, ni siquiera con una insinuación.

Y, para mi alivio, en la tienda estaba su hermano mayor, manejando un trozo de cuero.

—¿Cómo está usted, señor Gessler? — saludé.

Se me acercó y me escudriñó.

—Yo estoy bien —dijo—, pero mi hermano mayor falleció.

Y entonces vi que en realidad era él, aunque mucho más viejo y demacrado. Nunca antes le había oído mencionar a su hermano. Estupefacto, murmuré:

—¡Oh, lo lamento!

—Sí —respondió—, era un buen hombre, y hacía buenas botas, pero ha muerto. —Se tocó la coronilla, donde el cabello de pronto estaba tan ralo como el de su hermano mayor, para indicar, supongo, la causa de la muerte—. No se resignaba a la pérdida de la vieja tienda. ¿Quiere usted botas? —Y alzó el cuero que tenía en la mano—. Hermosa pieza.

Le pedí varios pares. Tardaron bastante en llegar, pero eran mejores que nunca. Era imposible gastarlas. Y poco después viajé al extranjero.

Había pasado más de un año cuando regresé a Londres. Y la primera tienda que visité fue la de mi viejo amigo. Yo me había despedido de un hombre sesentón. Al regresar, me encontré con uno de setenta y cinco años, arrugado, encogido y trémulo, que al verme no me reconoció.

—Oh, señor Gessler —dije apesadumbrado—, qué espléndidas son sus botas. He usado este par casi todo el tiempo que estuve en el extranjero, y ni siquiera están gastadas.

Él echó un largo vistazo a mis botas de cuero de Rusia, y su rostro pareció recobrar la firmeza. Apoyando la mano en el empuñadura, dijo:

—¿Le sientan bien aquí? Recuerdo que tuve problemas con este par.

Le aseguré que me sentaban maravillosamente.

—¿Quiere botas? Puedo hacerlas prontamente, pues hay poco trabajo.

—Por favor, por favor —respondí—. Quiero botas de todo tipo.

—Haré un nuevo molde. Su pie debe estar más grande.

Con suma lentitud, trazó el contorno de mi pie, lo palpó, y sólo una vez alzó los ojos para decir:

—¿Le conté que mi hermano había fallecido?

Era doloroso mirarlo, tan débil se encontraba, y me alegré de marcharme.

Había desistido de recibir esas botas, pero una tarde llegaron. Al abrir el paquete, puse los cuatro pares en fila. Me las probé una por una. No había duda al respecto. En forma y calce, en terminación y calidad del cuero, eran las mejores que él me había hecho. Y en la abertura de una de ellas encontré la cuenta. Era la suma de costumbre, pero me sorprendió. El nunca me enviaba la cuenta antes de la fecha de pago. Corrí abajo, escribí un cheque y lo despaché de inmediato.

Una semana después, al pasar por la calleja, pensé en pasar para contarle que las botas me sentaban a la perfección. Pero cuando llegué a la tienda, su nombre había desaparecido. En el escaparate aún estaban los esbeltos zapatos, las botas de charol con empeine de tela, las hollinosas botas de montar.

Entré, muy perturbado. En las dos tiendas, de nuevo unidas en una, había un joven de rostro inglés.

—¿Se encuentra el señor Gessler? —pregunté.

Me miró con expresión extraña y afable.

—No, pero podemos servirle con gusto en lo que desee. Hemos tomado la tienda. Sin duda usted ha visto nuestro nombre en la puerta de al lado. Trabajamos para gente de mucho prestigio.

—Sí, sí —dije—, ¿pero está el señor Gessler?

—Oh, él ha fallecido.

—¡Fallecido! Pero si recibí estas botas tuyas el miércoles de la semana pasada.

—Ah, una circunstancia lamentable. El pobre hombre se murió de hambre.

—¡Santo cielo!

—Inanición lenta, dijo el médico. ¡Y trabajaba en esas condiciones! Mantenía la tienda, y no permitía que nadie tocara sus botas. Cuando recibía un pedido, se demoraba mucho. La gente no quiere esperar. Perdió a todos sus clientes. Y allí seguía, sin descanso... y debo reconocer que nadie en Londres fabricaba mejores botas. ¡Pero mire la competencia! ¡El no hacía publicidad! Recibía el mejor cuero, y lo hacía todo por su cuenta. Bien, allí tiene. ¿Qué se podía esperar con esas ideas?

—¡Pero morir de hambre...!

—Eso puede ser un poco exagerado... pero sé que se pasó día y noche trabajando en sus botas, hasta el final. Lo sé porque yo lo observaba. Nunca se concedía tiempo para comer, nunca tenía un penique en la casa. Todo se le iba en el alquiler y el cuero. No entiendo cómo vivió tanto tiempo. Poco a poco su llama se extinguió. Era todo un personaje. Pero hacía buenas botas.

—Sí —dije—, hacía buenas botas.

Y di media vuelta y me marché deprisa, pues no quise que el joven advirtiera que mis ojos se enturbiaban.

**Historias:** Lea y comente con sus compañeros, en que actitudes de Tarsicio se ve la virtud de la Fortaleza.

## SAN TARSICIO, mártir (+258)

Su fiesta se celebra el 13 de Agosto.



San Tarsicio es el Patrón de los Monaguillos y de los Niños de Adoración Nocturna. Por algo se le conoce como el Mártir de la Eucaristía.

Valeriano era un emperador duro y sanguinario. Se había convencido de que los cristianos eran los enemigos del Imperio y había que acabar con ellos. Los cristianos para poder celebrar sus cultos se veían obligados a esconderse en las catacumbas o cementerios romanos. Era frecuente la trágica escena de que mientras estaban celebrando los cultos llegaban los soldados, los cogían de improviso, y, allí mismo, sin más juicios, los decapitaban o les infligían otros martirios. Todos confesaban la fe en nuestro Señor Jesucristo. El pequeño Tarsicio había presenciado la ejecución del mismo Papa mientras celebraba la Eucaristía en una de estas catacumbas. La imagen macabra quedó grabada fuertemente en su alma de niño y se decidió a seguir la suerte de los mayores cuando le tocara la hora, que ojalá, decía él, fuera "ahora mismo".

Un día estaban celebrando la Eucaristía en las Catacumbas de San Calixto. El Papa Sixto se acuerda de los otros encarcelados que no tienen sacerdote y que por lo mismo no pueden fortalecer su espíritu para la lucha que se avecina, si no reciben el Cuerpo del Señor. Pero ¿quién será esa alma generosa que se ofrezca para llevarles el Cuerpo del Señor? Son montones las manos que se alargan de ancianos venerables, jóvenes fornidos y también manecitas de niños angelicales. Todos están dispuestos a morir por Jesucristo y por sus hermanos.

Uno de estos tiernos niños es Tarsicio. Ante tanta inocencia y ternura exclama lleno de emoción el anciano Sixto: " ¿Tú también, hijo mío?"

Y le dice: ¿Y por qué no, Padre? Nadie sospechará de mis pocos años.

Ante tan intrépida fe, el anciano no duda. Toma con mano temblorosa las Sagradas formas y en un relicario, las coloca con gran devoción a la vez que a la vez que las entrega al pequeño Tarsicio de apenas once años, con esta recomendación: "Cúdalas bien, hijo mío".

- "Descuide, Padre, que antes pasarán por mi cadáver que nadie ose tocarlas".

Sale fervoroso y presto de las catacumbas y poco después se encuentra con unos niños de su edad que estaban jugando

- "Hola, Tarsicio, juega con nosotros. Necesitamos un compañero".

- "No, no puedo. Otra vez será", dijo mientras apretaba sus manos con fervor sobre su pecho.

Y uno de aquellos mozalbetes exclama. "A ver, a ver. ¿Qué llevas ahí escondido?"

Debe ser eso que los cristianos llaman "Los Misterios" e intentar verlo.

Lo derriban a tierra, poniendo en su pecho los mozalbetes sus piernas con el fin de hacer fuerza de palanca para abrirle sus brazitos y arrebatarse las Sagradas Formas, le tiran pedradas, y Tarsicio no solo puso resistencia sino que Dios hizo el milagro de que quedasen sus brazos herméticamente cerrados de forma que no pudieron abrirselos jamás (ni siquiera después de muerto) siguen dándole pedradas, y va derramando su sangre. Todo inútil. Ellos no se salen con la suya. Por nada del mundo permite que le roben aquellos Misterios a los que él ama más que a sí mismo...

Momentos después pasa por allí Cuadrado, un fornido soldado que está en el período de catecumenado y que por eso conoce a Tarsicio. Los niños huyen corriendo mientras Tarsicio, llevado a hombros en agonía por Cuadrado, llega hasta las Catacumbas de San Calixto en la Vía Appia. Al llegar, ya era cadáver.

Desde entonces, el frío mármol guarda aquellas sagradas reliquias sobre las que escribió San Dámaso, "queriendo a San Tarsicio almas brutales de Cristo el sacramento arrebatarse, su tierna vida prefirió entregar, antes que los Misterios celestiales"